

---

# Madurez Humana y Castidad Religiosa

---

Alvaro Jiménez Cadena, S.J.,\*

---

Este trabajo trata de compilar y organizar algunas ideas sencillas y prácticas, sacadas de experiencias concretas con grupos de sacerdotes, seminaristas y religiosos de ambos sexos, y del trabajo personal con ellos, para que sirvan como puntos de reflexión y discusión a otros hermanos que se esfuerzan por vivir el ideal de su vida consagrada.

Este artículo podría también llevar por título: "Experiencias y Reflexiones de un Sacerdote Psicólogo sobre la castidad Religiosa", ya que la fuente de estos comentarios es la *experiencia*: el Autor ha participado y dirigido un número ya bastante crecido de convivencias, seminarios, encuentros de "*Psicología Aplicada a la Vida Religiosa*". Tema

obligado en estas reuniones es el voto de castidad, que se ha solido tratar en forma de conferencias, mesas redondas, sociodramas y con diversas técnicas de dinámica de grupos.

Trataremos de integrar los conocimientos científicos que brinda la Psicología con los principios religiosos y la Teología.

La castidad se considera bajo dos aspectos, que nos servirán de guía para el presente trabajo:

1. Posibles peligros que la vida de castidad consagrada puede presentar para la maduración de la personalidad.

---

\* Licenciado en Filosofía y Letras y en Teología por la Pontificia Universidad Javeriana; Master en Psicología en Loyola University de Chicago y Doctor en Psicología de la Personalidad por la Universidad de Chicago; Doctor en Teología de la Pontificia Universidad Gregoriana; Director del Sector de Asesoría Psicológica en la Universidad Javeriana.

2. La castidad como medio de realización personal y apostólica para el religioso (o sacerdote).

## I. PELIGROS QUE LA VIDA DE CASTIDAD CONSAGRADA PRESENTA PARA LA MADUREZ DE LA PERSONALIDAD

### 1. Incomprensión de la sexualidad humana y del sentido del voto de castidad

A pesar de lo sofisticados y "corridos" que son los jóvenes de hoy en materias sexuales, se dan algunos casos de sorprendente ignorancia, que suele manifestarse en tres niveles diferentes:

a) *A nivel biológico*, en lo que se refiere a conocimientos científicos claros acerca de la Biología, la Anatomía y la Fisiología del aparato reproductor masculino y femenino y en general sobre la sexualidad humana. A veces no existen ideas claras y científicas, aunque abunda la pseudo-ciencia; se desconocen los objetivos y el funcionamiento normal de la sexualidad y sus posibles desviaciones y manifestaciones patológicas. Esto sucede con más frecuencia entre los religiosos que entraron en edad temprana al noviciado.

b) *A nivel psicológico*. Más frecuente todavía es la falta de conocimientos sobre los aspectos psicológicos de la sexualidad, sobre la afectividad y el desarrollo psico-sexual humano. Es sorprendente cuánto ayuda por ejemplo, a los religiosos que participan en las "convivencias" de psicología religiosa una

simple exposición clara y objetiva sobre "La psicología de las motivaciones y emociones humanas" complementada con algunas normas prácticas para el manejo adecuado de las mismas. Un análisis de los elementos que integran el fenómeno complejo de la experiencia emocional, tal como puede hallarse en cualquier texto bueno de psicología general, suele disipar muchas dudas y dar pié para comprender y manejar mejor la propia sexualidad y la afectividad.

c) *A nivel religioso*. Existe otra ignorancia más peligrosa y nociva, que lamentablemente se presenta con mayor frecuencia. Es la relacionada con el sentido exacto del voto de castidad y la razón de ser del celibato sacerdotal o religioso.

Si en una tertulia de amigos le preguntan a un sacerdote o religioso por qué no puede casarse, podría verse en apuros para contestar y acertadamente. Si el tema se debate en una reunión social o entre los compañeros de trabajo o de universidad, él o ella se sentirían inseguros en sus respuestas; vacilantes tal vez en sus convicciones; cuestionados en sus actitudes; algunas veces fuertemente sacudidos en su opción por la vida consagrada.

No se trata solamente de una *ignorancia teórica*, sino sobre todo de una *falta de interiorización*; no es tanto una carencia de ideas abstractas, sino sobretodo de *actitudes y realidades vivenciales*.

Como consecuencia de lo anterior, algunos religiosos, jóvenes, maduros y aun de edad avanzada, vi-

ven su castidad principalmente como *una renuncia* dolorosa. Los jóvenes, sobre todo al tiempo de ingresar a la vida religiosa, tienen con frecuencia una concepción demasiado negativa y temerosa de la castidad.

Así es imposible que su vida consagrada sea un verdadero testimonio que atraiga a otras personas generosas a emprender el camino que debe conducir a una verdadera plenitud e irradiar felicidad.

Con frecuencia se concibe la castidad de manera demasiado voluntarista y represiva, no solo de los deseos sexuales, sino de todo amor profundo. Como lo anota muy bien un superior desde Malta:

*"Para muchos , el voto se confunde más o menos con la obligación de luchar contra el pecado de la carne. Se les ha presentado la castidad como puramente negativa y como una renuncia a todo amor humano profundo. Pero algunos se preguntan si ésto agrada a Dios. Algunos tienen miedo de amar, pensando que ésto es contrario al voto de castidad. Ven en el amor conyugal solamente el placer de los sentidos. Otros han fundado la castidad sobre el desprecio a las mujeres y no ven que se puede amarlas sino por pasión. Ellas son objeto de tentación y son peligrosas" (Cruchon G, S.J., "Enquête sur la Chasteté, p. 3.)*

Con este encuadre recortado, el amor se identifica fácilmente con el comportamiento sexual activo, de tal modo que sería preciso re-

nunciar al amor para poder vivir el voto de castidad.

No es de extrañar que esta actitud negativa produzca una falta de gozo y dificulte el sano desarrollo de la afectividad.

Tiene razón un director espiritual, profesor de teología en Portugal, cuando recomienda enfatizar las actitudes positivas en la formación de los futuros sacerdotes:

*'Sería conveniente una formación más positiva y realista, donde se pudiera ver la sexualidad como valor humano, que no disminuye la espiritualidad del hombre, sino que está consagrada, por el Reino del Señor, en la alegría de una donación generosa, en respuesta a una gracia y vocación, que no es dada a todos. . . como lo ha hecho recientemente el Concilio"'. (Ibid, pág. 4).*

Una concepción negativa de la castidad se manifiesta otras veces en una *actitud de resignación fatalista* que se dobliga, ante una imposición de la Iglesia o de la comunidad. La castidad es una obligación que se tolera, o a lo más se acepta, pero que no se ama. El celibato es el *precio* que hay que pagar para poder ingresar a una comunidad religiosa, para vivir y trabajar en ella o para ordenarse como sacerdote. El compromiso de la castidad no es tanto el resultado de una decisión verdaderamente personal cuanto de una actitud pasiva de resignación (cfr. Sacerdotalis Coelibatus No. 11).

En estos casos, no carecería de todo fundamento la generalización

injustamente repetida por algunos psico-analistas de que las personas célibes son seres incompletos, frustrados y psicológicamente castrados.

Tales religiosos no han convertido en vida propia la realidad de su consagración al Señor, como medio de realización personal y como fuente de fecundidad apostólica al Servicio del Reino de Dios. Atrapados ante la realidad de una dura renuncia no se elevan al plano superior de la consagración a Dios y del apostolado, para descubrir el sentido pleno del voto de castidad; para comprender el valor de signo escatológico; para penetrar en los aspectos profundos y positivos de la castidad. Estos religiosos no han comprendido la necesidad de tener

*“especialmente en estos tiempos nuestros actuales, la conciencia de una elección hecha, libre, explícita y magnánimamente, con comprensión de la grandeza de la virginidad consagrada a Cristo” (Congr. Gen. S.J. XXXI, D 16 No. 6. c.). (1).*

A estos religiosos o sacerdotes les convendría mucho meditar y tratar de convertir en vida propia el ideal que les presenta Puebla:

*“En un mundo en que el amor está siendo vaciado de su plenitud, donde la desunión acrecienta distancias por doquier y el placer se erige como ídolo, los que pertenecen a Dios en Cristo por la castidad consagrada serán testi-*

*monio de la alianza liberadora de Dios con el hombre, y, en el seno de su Iglesia particular, serán presencia del amor con el que “Cristo amó a la Iglesia y se entregó a Sí mismo por ella” (Ef. 5,25). Serán, finalmente, para todos un signo luminoso de la liberación escatológica vivida en la entrega a Dios y en la nueva y universal solidaridad con los hombres” (Puebla No. 749).*

## 2. Negación de la Sexualidad

Hasta ahora nos hemos referido a la ignorancia e incomprensión de la sexualidad humana y del sentido del voto de castidad.

Pero, a veces el problema no es de falta de información, sino de actitudes equivocadas que se manifiestan en la *dificultad que algunos experimentan para aceptar plena y serenamente la propia sexualidad*. Es la inhabilidad para asumir el rol sexual de hombre o de mujer y la dificultad para expresar de manera adecuada y madura la propia actividad.

En tales casos, el yo se defiende de la angustia que le causan sus impulsos sexuales y de la amenaza de perder el control de los mismos, recurriendo al mecanismo de defensa que se llama *negación*. A la negación, suele ir muy unida la *represión* del impulso y de los sentimientos o manifestaciones afectivo-sexuales. La negación y la represión son los mecanismos de defensa pre-

(1) En este trabajo aparecen algunas ideas tomadas de las Congregaciones Generales de la Compañía de Jesús XXXI y XXXII. Tal vez estas citas puedan servir a sacerdotes y religiosos de otras comunidades.

feridos para el manejo de la angustia.

Usando un lenguaje plástico, podríamos hablar de cierto *angelismo*. El religioso o religiosa no se resigna a persuadirse de que es hombre o mujer, con un espíritu y un cuerpo; no se convence de que tiene un sistema nervioso y unas glándulas endocrinas; experimenta cierta vergüenza porque posee unos órganos genitales y unas características sexuales secundarias; ignora el hecho de que por su torrente sanguíneo circulan las hormonas sexuales y las secreciones hipofisarias; se angustia excesivamente ante el fenómeno natural de experimentar reacciones sexuales y específicamente genitales. Trata de negar la realidad de que toda persona normal, hombre o mujer, experimenta una atracción fuerte y duradera hacia las personas del otro sexo; que la afectividad vibra ante los estímulos de tipo afectivo-sexual; que necesariamente tiene que sentirse atraído, no sólo a la unión afectiva sino física; no sólo a la unión de los corazones, sino también a la de los cuerpos y que es muy natural y normal que esta unión cause placer sexual, el cual constituye una fuente de atracción para todo adulto normal.

En el origen de este angelismo juega un papel importante una educación rigorista, puritana, maniquista, recibida en algunos hogares, o en algunos seminarios o comunidades religiosas.

Para vivir una castidad madura es preciso no sólo conocer teóricamente sino aceptar de corazón el hecho de que somos seres sexuados; uno

es hombre o mujer no sólo por sus características sexuales primarias y secundarias, sino hasta la última célula del organismo y hasta las reacciones psicológicas más profundas de la personalidad, como son los sentimientos, las emociones, las actitudes y los intereses.

Es peligroso ignorar cualquiera de los elementos que integran la sexualidad humana, sean de carácter biológico, afectivo o espiritual.

### 3. El "aislamiento emocional"

Otra manera inadecuada de manejar la afectividad es el mecanismo de defensa que se llama aislamiento emocional. La angustia producida por el hecho de experimentar una fuerte atracción hacia las personas del sexo opuesto, por el peligro de perder el control de los impulsos sexuales, por las reacciones fisiológicas de carácter genital, se maneja retirándose a un castillo cerrado que protege a la persona contra toda relación interpersonal profunda. Así se frustra la capacidad afectiva y se mata en germen toda amistad sincera y todo amor profundo.

Con razón, Pablo VI previene a los sacerdotes contra este peligro, en su Encíclica sobre El Celibato Sacerdotal:

*"Hay quienes afirman con insistencia que el celibato coloca al sacerdote en una condición física y psicológica antinatural, nociva para el equilibrio y la madurez de la persona humana; de ella resulta, según dicen, que con frecuencia el corazón del sacerdote se seca, falto de calor humano o de*

*plena comunión con sus hermanos en su vida y en su destino, y es forzado a un aislamiento del cual nacen la amargura y el desánimo” (Sac. Coelib No. 10).*

Esta falta de autenticidad y de calor humano en las relaciones interpersonales, ha sido señalada por el psicólogo Erik Erikson como *aislamiento* que es el polo opuesto al sentido de *intimidad*.

Cuando Erikson habla de *intimidad* se refiere a mucho más que a sólo “hacer el amor”. La *intimidad* es la facultad de compartir y de sentir afecto por otra persona sin el temor de perderse a sí mismo. El *aislamiento* es, por el contrario, el sentido de estar solo, sin tener con quien compartir y a quien querer.

*“Es un huir de los contactos que llevan a la intimidad. Cuando el retraimiento llega a ser patológico, pueden aparecer severos problemas de carácter que interfieren con el amor y el trabajo, y ello basado a menudo en fijaciones infantiles e inmadureces persistentes” (Cfr. Erikson: “Ciclo Vital”, Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, p. 311).*

En la vida comunitaria este aislamiento dificultaría las relaciones del religioso con los superiores, con los compañeros de comunidad, con las personas por quienes trabaja, especialmente cuando se trata de personas del sexo opuesto. Este aislamiento además de causar dificultades para la vida de comunidad, puede esterilizar, en buena parte, el trabajo apostólico.

#### 4. Egoísmo

En hombres de edad madura, que han sido fieles a su voto de castidad y que en otros aspectos pueden considerarse como buenos religiosos, uno de los peligros más frecuentes de la castidad o el celibato es el volverse *egoístas*.

A este fenómeno lo podríamos llamar, en forma gráfica, *la psicología del solterón*.

Sin una esposa, ni unos hijos propios por los cuales cuidar, la personalidad del religioso que ha llegado a la madurez cronológica, puede desembocar en lo que el mismo Erikson llamaría *esterilidad* o *paralización*. La esterilidad, en la concepción evolutiva de Erikson se opone a la *generatividad* de la persona psicológicamente madura.

La *generatividad*, que es signo de madurez, consiste en la “capacidad de entregarse a sí mismo en el encuentro de los cuerpos y de las mentes”. . . “constituye primeramente el interés de establecer y guiar a la generación siguiente. . . Cuando este enriquecimiento falla, tiene lugar una regresión de la generatividad a una necesidad obsesiva de pseudo - intimidad, marcada. . . a menudo con un sentimiento penetrante (y la evidencia objetiva) de la paralización individual y de un empobrecimiento interpersonal” (Cfr. “Childhood and Society”, Cap. VIII).

Todos conocemos muchos casos de hombres y mujeres de edad que se vuelven exigentes, egoístas, amigos de sus comodidades y del buen

pasar, "chochos", apegados a personas, oficios y lugares; temerosos de una entrega generosa y sacrificada a los demás. Estos rasgos pueden acentuarse con el paso de los años, pero no es raro que las primeras manifestaciones se presenten en una edad relativamente temprana.

Tales comportamientos, si ocurrieran entre personas casadas, pondrían en peligro la estabilidad y armonía del hogar. Igualmente, obstaculizan la vida de comunidad y esterilizan el apostolado en la vida consagrada.

Esta *psicología del solterón* puede encontrarse en la raíz de algunas defecciones tardías, sobre todo cuando se presenta la crisis de la edad meridiana. En algunos casos, esta actitud egoísta puede prolongarse por muchos años, aún hasta la muerte y ser causa de grandes sufrimientos para el individuo y para los demás y conducir a una lamentable esterilidad apostólica.

Este estancamiento egoísta hace que el religioso permanezca atascado en los aspectos negativos de la renuncia que supone la castidad, sin permitirle producir los frutos positivos de una entrega gratificante, plena y generosa, ya que tales frutos sólo pueden cosecharse en el amor generoso a Cristo y la entrega a los hermanos.

El voto de castidad, que un día se hizo con sinceridad al Señor, se puede ir convirtiendo, con el correr del tiempo, en una carga pesada, que a lo más se soporta a regañadientes, como una exigencia jurídica de una Iglesia institucional in-

comprensiva y dura para con los más profundos sentimientos humanos.

## 5. Castidad ambigua

Otro peligro frecuente es de una *actitud ambivalente*, ante la castidad. Esta *castidad ambigua* consiste en tratar de vivir la consagración, pero abrigando simultáneamente la añoranza de amores humanos y placeres a los que renunció y acariciando la esperanza secreta de volver a poseer lo que se entregó en un momento de generosidad o talvez de romanticismo juvenil. . .

Se quiere vivir con un pie en el mundo y con otro en la religión. De manera más o menos consciente, se hace un pacto con la mediocridad, tratando de bordear impudentemente el precipicio de la tentación, repartiendo el corazón entre el amor espiritual y el amor más o menos sensual a las criaturas. Se quisiera permanecer en la vida religiosa, pero disfrutando al mismo tiempo de los afectos y placeres a que tiene derecho la persona casada. En términos de espiritualidad ignaciana podríamos hablar de una actitud de "segundo binario" (Cfr. Ejercicios Espirituales No. 154).

Esta actitud ambivalente produce una verdadera tortura psicológica en la persona que sufre desgarrada entre dos fuerzas que tiran, como caballos desbocados, en sentido contrario.

Es un fenómeno parecido a lo que Kelly y Festinger han llamado "la disonancia cognoscitiva". Según estos autores:

*"Toda discrepancia entre los elementos cognoscitivos produce un estado de desconfort, de angustia, de tensión. Estas reacciones emocionales motivan al individuo para producir un comportamiento que tienda a reducir la discrepancia y asegurarse de que ésta no se presentará en el futuro" (Cfr. Maddi, Personality Theories, pags. 147 y 162).*

La tensión, el desconfort, la angustia, el descontento no desaparecen hasta tanto que el individuo se decida, de una manera radical y definitiva, por una de dos metas, que son mutuamente incompatibles. O se entrega de verdad a Cristo, con una actitud de generosidad incondicional, que le sirva de base para solucionar los conflictos e ir poniendo remedio a sus debilidades. O termina por abandonar su vocación.

Entretanto, seguirá con el corazón desgarrado, viviendo en la mediocridad y en la amargura. Buscará compensaciones en comida, bebida, buena vida, diversiones, espectáculos, etc. Fomentará amistades "pegajosas" con personas del mismo sexo o del sexo opuesto. A veces se entregará a verdaderas "amistades particulares". La libertad en el trato con personas del sexo opuesto, puede adquirir manifestaciones afectivas que bordean abiertamente el peligro: citas, regalos, caricias, besos, fantasías, etc. El religioso camina por la fácil pendiente de la *tercera vía*, hasta caer en un cierto y doloroso enamoramiento.

Es increíble la capacidad de racionalizar de que se hecha mano en tales casos para justificar la propia conducta.

Para vivir una castidad auténtica y gratificante es indispensable llegar a una resolución básica de entrega incondicional e íntima.

Cuando se presentan problemas como la masturbación, los enamoramientos, etc. el primer paso hacia la solución y (talvez el más importante) consiste en *despertar o reforzar esta actitud fundamental de compromiso generoso e irrevocable en la consagración completa al Señor.*

Sin esta actitud fundamental, la perspectiva en la vocación es a la larga imposible. La vida de castidad consagrada no puede vivirse a medias y con un corazón dividido, sino como un ideal que se ama y por el que se opta en forma definitiva, irreversible y gozosa:

*'Con este voto ofrecemos a Dios un corazón indiviso', un corazón capaz de aquella entrega en el servicio, que se asemeja a la caridad con que el mismo Dios ama desinteresadamente a todas sus criaturas" (CG. S.J. XXXI D. 11 No. 26).*

## II. LA CASTIDAD CONSAGRADA COMO MEDIO DE REALIZACIÓN PERSONAL Y APOSTOLICA

En esta segunda parte vamos a presentar aspectos positivos de la

castidad y a recordar algunos medios que ayudan a vivirla de una manera psicológica y espiritualmente saludable. No hay duda de que la castidad religiosa vivida con alegría y madurez puede convertirse en un elemento valioso de realización personal y apostólica.

### 1. El sentido y los motivos de la castidad consagrada

No es este el lugar para hacer un tratado completo de Teología sobre la castidad consagrada. Pero ciertamente es de vital importancia para el religioso y el sacerdote tener un conocimiento exacto del por qué de su voto. Bástenos con recordar algunas ideas fundamentales.

Las razones de esta consagración especialísima al Señor han sido bellamente sintetizadas por el Decreto "Perfectae Caritatis" del Concilio Vaticano II (No. 12):

*"La castidad por amor del reino de los cielos (Mt. 19,12) que profesan los religiosos, ha de estimarse como don eximio de la gracia, pues libera de modo regular el corazón del hombre (cf. 1 Cor 7, 32-35) para que se encienda más en el amor de Dios y de todos los hombres, y por ello es signo especial de los bienes celestes y medio aptísimo para que los religiosos se consagren fervorosamente al servicio divino y a las obras de apostolado. De este modo evocan ellos ante todos los fieles aquel maravilloso con nubio, fundado por Dios y que ha de revelarse plenamente en el siglo futuro, por el que la Iglesia tiene por esposo único a Cristo"*

(*Conc. Vat. II Decreto "Perfectae Caritalis" No. 12*).

Difícilmente podría hacerse una síntesis mejor sobre el sentido de la castidad consagrada.

Otra exposición sólida y bella, la encontramos en la Encíclica "Sacerdotalis Coelibatus" de Pablo VI. Al hablar sobre el celibato sacerdotal, el Papa enumera tres clases de motivos:

#### a) *El Sentido Cristológico del Celibato.*

"El sacerdocio cristiano, que es nuevo, no se comprende sino a la luz de la novedad de Cristo, Pontífice Supremo y Pastor Eterno, que instituyó el sacerdocio ministerial como una participación real de su único sacerdocio" (No. 19). "La respuesta a este carisma divino tiene como motivo el reino de los cielos" (No. 22). La virginidad es un testimonio dado a Cristo (No. 23) y ha sido considerada siempre en la Iglesia como "signo y estímulo de la caridad" (No. 24).

#### b) *El sentido Eclesiológico del Celibato*

El Celibato es también una manifestación de amor a la Iglesia (No. 26). Desarrolla la capacidad para escuchar la palabra de Dios y dispone a la oración. Prepara al hombre para celebrar el ministerio de la Eucaristía (No. 29). Da plenitud a la vida (no. 30). Es fuente de fecundidad apostólica (No. 31-32)

#### c) *El sentido Escatológico del celibato*

*"En medio del mundo, de tal manera absorbido por las tareas*

terrestres y tan frecuentemente dominado por la concupiscencia de la carne, el don precioso y divino de la castidad perfecta por el reino de los cielos constituye precisamente un signo particular de los bienes celestiales; proclama la presencia entre nosotros de los últimos tiempos de la historia de la Salvación" (No. 34).

Observemos finalmente que el motivo más íntimo y fuerte de la castidad consagrada, sólo puede encontrarse en el amor personal a Jesucristo, en la adhesión a la Iglesia y en la entrega al servicio del prójimo:

*"El motivo verdadero y profundo del celibato consagrado es la elección de una relación personal más íntima y más completa con el misterio de Cristo y de la Iglesia, por el bien de toda la humanidad; en esta elección, los valores humanos más elevados pueden ciertamente encontrar su más alta expresión" (Ibid No. 54).*

Sólo cuando estas ideas se hayan convertido en vida propia, será posible vivir la castidad perfecta con esa actitud alegre, decidida, sin arrepentimientos ni añoranzas, que constituye el polo opuesto de la castidad ambigua.

## 2. Actitud positiva ante la castidad

Es importante inculcar actitudes positivas en la formación de las religiosas y sacerdotes:

*'La educación de la castidad ha de ser sincera, es decir fundada*

*en la claridad y no en reticencias e insinceridades; positiva, es decir orientada sobre todo a hacer madurar la sexualidad como un modo recto y gozoso de amar y no solo de evitar las transgresiones. Ha de ser al mismo tiempo completa, orgánica y personalizada, es decir, adaptada a cada individuo en su concreto y diferenciado desarrollo personal" (Orientaciones para la educación en el celibato sacerdotal" No. 35).*

Toda persona consagrada debe tener ideas muy claras y pleno conocimiento del sentido de la sexualidad humana y de la castidad en su triple aspecto: biológico, afectivo y espiritual.

a) *Aspecto biológico:* Hoy más que nunca hay que tener ideas claras y conocimientos científicos de biología, anatomía, fisiología y psicología, para llegar a una elección libre, explícita y magnánima (Cfr. Congreg. Gen. S.J. XXXI, D. 16 No. 6c.).

Es verdad que toda persona humana es sexuada; es cierto que la sexualidad tiene valores muy estimables para la realización personal del individuo y para la conservación y progreso de la sociedad. Pero en un mundo supersaturado de erotismo, en el cual el sexo ha sido desmesuradamente enaltecido y colocado a la cabeza en la escala de valores y en el que los medios de comunicación social bombardean permanentemente los sentidos con propaganda de tipo sexual, hay que saber y aceptar que el impulso sexual es poderoso pero controlable.

El religioso tiene que aprender desde joven, el manejo de la sexualidad por medio de una sublimación sana del impulso sexual. Es importante distinguir entre el control de los impulsos, consciente, sereno y maduro y una *represión* angustiosa y nociva.

La continencia por sí misma no causa la neurosis. Así como la actividad sexual no es, por sí misma, la panacea para alcanzar la maduración de la personalidad y el equilibrio afectivo.

Es verdad que en personalidades inestables y predispuestas a la enfermedad, la continencia puede tener un carácter patógeno y hacer aflorar los síntomas de conflictos latentes; pero lo mismo puede suceder en los casados que llevan una vida sexual activa.

Hay un hecho que tranquiliza mucho a los jóvenes religiosos, ya que *'contra facta non sunt argumenta'*. Es la experiencia de tantos hombres y mujeres sanos, maduros, equilibrados, felices y altamente productivos que viven con satisfacción y alegría su voto de castidad perfecta.

Así, pues, el religioso debe aprender desde joven a defenderse contra los efectos angustiantes de una propaganda pseudocientífica acerca de los posibles efectos nocivos de la continencia.

b) *Aspecto Afectivo*: No se trata de sofocar la afectividad, sino de controlarla, educarla, sublimarla.

Todo hombre normal experimenta un fuerte deseo de intimidad. El

valor del amor humano no puede negarse ni desconocerse. La mayor parte de las personas consagradas experimentarán posiblemente un vacío afectivo, al menos en determinados momentos y situaciones de la vida, que ni la caridad ni el apostolado podrán llenar íntegramente:

*"Nuestra consagración a Cristo lleva consigo una renuncia definitiva y la soledad del corazón: Esto forma parte integrante de la cruz que Jesús nos ofrece en su seguimiento, nos asocia íntimamente al Misterio Pascual, y nos hace partícipes de la fecundidad espiritual que de El dimana"* (C. S.J. XXXI, D. 16 No. 5).

Es importante dejar muy claro que la única manera de compartir alegremente la cruz de Cristo es elevarse al plano superior de la consagración a Dios y al apostolado, para desde allí descubrir el sentido pleno del voto de castidad.

c) *Aspecto espiritual: paternidad y maternidad*: La vida conyugal tiende a unir no sólo los cuerpos, sino también a la unión de dos almas. La persona psicológicamente madura reconoce y aprecia esta unión de los espíritus. Reconoce también el valor profundo de la paternidad y de la maternidad, como un bien personal y social muy grande y como una purísima fuente de realización humana.

Habiendo renunciado a la paternidad o a la maternidad física, el religioso y la religiosa que no llega a ser *padre o madre* en el campo apostólico, quedaría recortado y viviría frustrado, con el peligro de refugiarse en lo que hemos llamado

la psicología del solterón o sea en la esterilidad psicológica de que nos habla Erikson.

### 3. Actitud sana hacia las personas de otro sexo

Un buen número de jóvenes creen que hoy, para su maduración y realización personal en la vida de castidad consagrada, es necesario tener relaciones de amistad íntima con personas de ambos sexos (Cfr. Cruchon: "Enquête Sur la Chasteté). A veces buscan con avidez toda clase de experiencias.

Pero a pesar de tales experiencias, algunos continúan siendo muy inmaduros, porque no son las experiencias las que hacen madurar automáticamente la personalidad, sino la manera como el individuo las aprovecha para integrarlas en su personalidad.

Una castidad madura tiene que lograr el equilibrio armónico y sereno entre dos extremos igualmente dañosos. Por un lado, cierto temor angustioso e insegurizante ante la persona del sexo opuesto; por el otro, una peligrosa familiaridad.

La actitud madura es serena, sencilla, espontánea, y está tan lejos de una mojigatería puritana, como los riesgos innegables de quien bordea la tercera vía. El trato prudente y moderado con la familia, la amistad prudente y religiosa con personas del sexo opuesto, las experiencias apostólicas gradualmente asumidas y con la debida dirección de los superiores, pueden ser medios muy valiosos para adquirir esa actitud sana ante el otro sexo:

*"Como fruto apostólico precioso del amor de amistad vivo y pujante puede contarse ese trato maduro, sencillo, no angustioso, con las almas -hombres o mujeres- con las que tratamos por razón de nuestro trabajo en la edificación del Cuerpo de Cristo"* (CG. S.J. XXXI, D. 16 No. 8.b).

En ésto, como en muchos otros aspectos de su personalidad, tenemos un modelo perfecto en San Ignacio, quien "de tal manera trasfundía toda su personalidad, que sus compañeros eran para él verdaderos amigos y con su afabilidad tan personal condujo a Dios innumerables hombres y mujeres" (Ibid D. 16 No. 8.a.).

### 4. Algunos medios para la guarda de la castidad

#### a. Higiene Mental

Comencemos por lo más elemental. Hay medios naturales, eficaces, pero que fácilmente se pasan por alto o se menosprecian, precisamente por ser tan simples. A veces los súbditos y con no poca frecuencia los superiores no dan la suficiente importancia a aspectos sencillos de la vida que juegan un papel definitivo para la salud mental. Tales son, por ejemplo:

-- El control de la fantasía.

— El estudio seriamente emprendido, tanto en los escolares como en los religiosos adultos, los cuales también deberían vivir "en formación permanente".

— El trabajo apostólico emprendido con dedicación, alegría y entusiasmo, como fuente de gratificación y realización humana y apostólica. En cuanto lo permita el bien común, todo religioso debería vivir en su puesto (“the right man in the right place”). Debería sentirse contento y entusiasmado con su obra y con su campo de trabajo.

— El deporte, los “hobbies”, como elemento invaluable de equilibrio emocional y de salud mental. Conocemos demasiados casos, especialmente entre las comunidades de mujeres, en que no se da tiempo suficiente al descanso por un falso concepto de austeridad y de pobreza.

Cuántas religiosas con la salud física arruinada y con su salud mental y su vocación seriamente en peligro, simplemente por falta del descanso o del sueño necesario!.

#### *b) La vida comunitaria y la caridad fraterna*

Sin amor, la vida de celibato se vuelve un fardo duro y pesado, bajo el cual se agiganta el peligro de compensaciones diversas: trato excesivo con los seglares, alcohol, diversiones mundanas, etc.

En el fondo de muchas deserciones, por problemas afectivos y sexuales, se encuentra casi siempre algún problema de la vida comunitaria y de las relaciones interpersonales. Nunca podrá ponderarse suficientemente la importancia de la caridad y de la vida fraterna, como salvaguardia de la castidad.

*“El sacerdote es capaz de verdaderas y hondas amistades, singularmente útiles para su expansión afectiva, cuando éstas se cultivan en la fraternidad sacerdotal” (“Orientaciones para la educación en el Celibato Sacerdotal” No. 31).*

Pablo VI recalca a los sacerdotes la importancia de la fraternidad (Sac. Coel. No. 29), de la comunión de espíritu y vida, (Ibid No. 80), de la caridad hacia los hermanos que se encuentran en peligro (Ibid No. 81).

Para proteger la castidad, es muy grande el valor de una comunidad local en la que se sienta auténtico calor humano, que nos haga verdaderamente “Amigos en el Señor”.

Pero no basta un amor universal, platónico, desencarnado. *Hay que amar con amor concreto, a hermanos concretos de carne y hueso; de grandes cualidades y atractivos algunos, otros quizás con limitaciones y defectos muy reales.*

#### *c) Intensa vida espiritual*

Podríamos distinguir tres tipos de celibato, de acuerdo con los motivos que lo originan: a) *el celibato del solterón* que no se casa, por motivos egoístas o por miedo a la mujer o por dificultades de relación interpersonal, etc; b) *El celibato profesional*, de quien, de tal modo se consagra a su trabajo, que no le queda tiempo ni interés para pensar un matrimonio; c) y finalmente *el celibato consagrado*, libre y conscientemente escogido por un motivo religioso.

Los medios espirituales son evidentemente los principales para salvaguardar la castidad consagrada. Sin ellos sería posible, a lo más un celibato profesional, pero nunca una vida auténticamente consagrada.

Como dijimos antes, el *motivo primero de la castidad evangélica tiene que ser el amor personal a Jesucristo*, que se manifiesta en un compromiso total de sí mismo a El y se concreta en una vida enteramente dedicada al amor y al servicio del prójimo en el apostolado. (Cruchon: Enquête, p. 33).

Pablo VI recalca esta idea fundamental:

*“La castidad sólo es posible en un ambiente de fe viva, de vida sobrenatural; requiere como condición un sano equilibrio afectivo y la aceptación previa enteramente consciente y libre. Sólo podrá mantenerse fiel a la promesa hecha a Cristo, si se renueva de continuo el fondo espiritual de entrega sobrenatural, de sacrificio en caridad a Dios y a las almas, del que brotó el deseo primitivo de hacer tal ofrenda a Dios”* (C. G. S.J. XXXI, D. 16 *Introd.*).

De ninguna manera pueden olvidarse la vida de oración, los sacramentos, la devoción a María, el espíritu de sacrificio (Cfr. “Sac. Coelib”. No. 75), y los medios que siempre ha recomendado la Asética tradicional:

*“Atendiendo también a nuestra fragilidad, compañera inseparable*

*en la evolución del amor casto, desde la juventud hasta la ancianidad, no podemos en modo alguno olvidar las normas ascéticas que la experiencia de la Iglesia ha consagrado y que los actuales peligros de la castidad exigen hoy más aún que en otros tiempos”* (Ibid. D. 16 No. 8.d.).

Una cierta austeridad de vida es indispensable para templar el carácter y proteger la castidad. Como lo recomendaba, hace muchos años William James, es preciso “mantener viva y dispuesta la capacidad de esfuerzo”, mediante la propia disciplina.

El sacrificio no sólo debe soporarse como algo impuesto desde fuera, sino que debe interiorizarse e insertarse en el conjunto de la vida como elemento indispensable (Cfr. “Sac. Coel”. No. 66):

*“Ayudados por la gracia divina, siendo siempre, sin embargo, mortificados, de tal manera hay que entregarse generosa y esforzadamente el trabajo apostólico que todas las relaciones humanas que nuestro trabajo lleve consigo —visitas, recreaciones, lecturas, estudio de los diversos problemas, espectáculos, diversiones— sean una ocasión más en que respaldanza el testimonio de nuestra consagración a Dios”* (Ibid D. 16).

Vale la pena releer y meditar esta cita un tanto larga de Pablo VI:

*“Los jóvenes deben adquirir la convicción de que el camino al*

que se comprometen es difícil y que no podrán recorrerlo sin una ascesis particular, propia de los aspirantes al sacerdocio y más rigurosa que aquella a la que están obligados todos los fieles. Una ascesis severa, pero que no debe aplastar al sujeto, que consiste en la práctica reflexiva y asidua de las virtudes que hacen de un hombre un sacerdote; una renuncia muy profunda de sí mismo condición esencial para seguir a Cristo. (Cfr. Mt. 16,24; Juan 12,25); la humildad y la obediencia como expresión de verdad interior y de libertad ordenada; la prudencia y la justicia, la fortaleza y la templanza, virtudes indispensables para el desarrollo de una verdadera y profunda vida religiosa; el sentido de la responsabilidad, de la fidelidad y de la lealtad en la manera de asumir los propios compromisos, el mantenimiento de un equilibrio armonioso entre la contemplación y la acción; el desprendimiento y el espíritu de pobreza, que dan fuerza y vigor a la libertad evangélica; la castidad, que resulta de un combate perseverante, se armonizará con todas las otras virtudes naturales y sobrenaturales; los contactos serenos y confiados establecidos con el mundo al servicio del cual el candidato se consagrará por amor de Cristo y por el advenimiento de su reino.

De esta manera, el aspirante al sacerdocio adquirirá con la ayuda de la gracia divina, una personalidad fuerte, bien equilibrada y dotada de madurez, síntesis feliz de elementos innatos y adquiri-

dos, coordinación armoniosa de todas las facultades a la luz de la fe y de la unión íntima con Cristo, que lo ha escogido para ser suyo y consagrarse al ministerio de la salvación del mundo" (Sac. Corlib., 370).

#### d) Claridad de conciencia y dirección espiritual

La claridad de conciencia y la dirección espiritual son fundamentales para la vida de castidad, no sólo en la juventud, sino durante toda la vida.

Pero si de parte del dirigido se requiere claridad, sinceridad y docilidad, no es menos necesaria la madurez humana y religiosa por parte del director espiritual, de los superiores y de los formadores. Una actitud personal, serena, positiva y madura en los formadores son un elemento de formación más importante que las palabras.

Sería peligroso poner como formadores de los jóvenes religiosos a sujetos dotados de personalidades represivas, de actitudes inmaduras, enredadas en conflictos afectivos sin resolver; en una palabra, a sujetos no maduros en el aspecto afectivo-sexual.

### III. CONCLUSION

Sólo queremos explicitar dos conclusiones, entre las muchas que sería posible sacar de todo lo dicho en este trabajo.

## 1. Cuidado en la admisión y dimisión de los religiosos

Todo lo dicho hasta aquí muestra claramente el cuidado sumo que deben tener los superiores en la admisión a la comunidad, en la concepción de los votos, en el envío a los estudios de teología y sobre todo en la admisión a la ordenación sacerdotal.

La Iglesia ha recomendado una y otra vez el máximo cuidado, que se inclina más a la severidad que a una indulgencia mal entendida. Las disposiciones, instrucciones y recomendaciones de la Iglesia, en este sentido, podrían multiplicarse casi indefinidamente; bástenos con citar estas palabras de Pablo VI:

*“Los sujetos que hayan sido reconocidos como física, psíquica o moralmente ineptos, deben ser inmediatamente apartados del camino al sacerdocio, se trata de un deber grave que incumbe a los educadores. Estos deben tener conciencia de ellos; no deben abandonarse a engañosas esperanzas y a peligrosas ilusiones, ni permitir de ninguna manera que el candidato alimente ilusiones semejantes, vistas las consecuencias peligrosas que resultarían de aquí para el sujeto mismo y para la Iglesia” (“Sac. Coel” No. 64).*

La sabiduría de esta norma se vé confirmada con la experiencia cotidiana de todo superior religioso, o padre espiritual.

Desafortunadamente no siempre se cumplen estas disposiciones. Cuando la mayor parte de las comunidades religiosas de hombres y mujeres experimentan una seria escasez y crisis de vocaciones y especialmente tratándose de sujetos valiosos por sus grandes cualidades humanas, pero que ciertamente no sirven para una vida de castidad perpetua, es demasiado fuerte la tentación de “abandonarse a engañosas esperanzas y a peligrosas ilusiones”.

## 2. Algunos problemas específicos

A la luz de los principios generales expuestos, deben manejarse en la práctica algunos fenómenos delicados que eventualmente pudieran presentarse, como serían los problemas de masturbación, homosexualismo, enamoramientos, etc. Intencionalmente no hemos querido insistir sobre estos puntos concretos, cada uno de los cuales exigiría por sí sólo muchas páginas.

Hemos preferido que estos problemas queden enmarcados dentro de las amplias orientaciones que hemos presentado.

Una observación final: al aplicar los principios aquí expuestos, hay que esforzarse por armonizar, hasta donde sea posible, la benignidad y el cuidado pastoral de la persona con las exigencias del bien común y de la Iglesia.

